

René Descartes / Carta al padre Mesland, 9 de febrero de 1645

Sobre el libre albedrío y la libertad de indiferencia

En cuanto a la libertad del arbitrio, estoy completamente de acuerdo con lo que ha escrito aquí el reverendo padre. Pero, para exponer más claramente mi opinión, quisiera que se advirtiera que la indiferencia me parece significar propiamente aquel estado en el que se encuentra la voluntad cuando ninguna percepción de lo verdadero o de lo bueno la impulsa hacia un lado más que hacia otro. En este sentido la entendí cuando escribí que el grado más bajo de libertad es aquel por el cual nos determinamos respecto de las cosas que nos resultan indiferentes.

Pero quizá otros entiendan por indiferencia una facultad positiva de determinarse hacia cualquiera de dos contrarios, es decir, de perseguir o evitar, de afirmar o negar. No he negado que exista en la voluntad esta facultad positiva. Al contrario, considero que existe en ella no solamente respecto de aquellos actos hacia los cuales ninguna razón evidente la impulsa más en un sentido que en otro, sino también respecto de todos los demás. De tal manera que, cuando una razón muy evidente nos mueve hacia un lado, aunque, moralmente hablando, difícilmente podamos inclinarnos hacia el contrario, absolutamente hablando, sin embargo, podemos hacerlo. Pues siempre nos está permitido abstenernos de perseguir un bien claramente conocido o de admitir una verdad evidente, con tal de que pensemos que es un bien dar así testimonio de la libertad de nuestro arbitrio.

Debe advertirse también que la libertad puede considerarse en las acciones de la voluntad, bien antes de que se realicen, bien mientras se realizan.

Y, ciertamente, considerada antes de que las acciones se realicen, la libertad implica la indiferencia entendida en el segundo sentido, pero no en el primero.

Y aunque, cuando oponemos nuestro propio juicio a las órdenes de los demás, decimos que somos más libres para hacer aquellas cosas respecto de las cuales nadie nos prescribe nada y en las que podemos seguir nuestro propio juicio que para hacer aquellas que nos están prohibidas, no podemos, sin embargo, decir del mismo modo, cuando comparamos nuestros propios juicios o conocimientos entre sí, que somos más libres para hacer aquellas cosas que no nos parecen ni buenas ni malas, o respecto de las cuales conocemos tantas razones a favor como en contra, que para hacer aquellas otras en las que percibimos mucho más bien que mal.

En efecto, una mayor libertad consiste, o bien en una mayor facilidad para determinarse, o bien en un mayor ejercicio de aquella facultad positiva que poseemos de seguir lo peor, aunque veamos lo mejor.

Ahora bien, si seguimos aquello en lo que aparecen más razones de bien, nos determinamos más fácilmente; pero, si seguimos lo contrario, ejercemos en mayor medida esa facultad positiva. De este modo, siempre podemos actuar más libremente respecto de aquellas cosas en las que percibimos mucho más bien que mal que respecto de aquellas que llamamos indiferentes.

Y también en este sentido hacemos menos libremente aquellas cosas que nos ordenan los demás y que no haríamos espontáneamente sin esa orden que aquellas que no nos son ordenadas. Pues el juicio según el cual esas cosas son difíciles de realizar se opone al juicio según el cual es bueno hacer lo que se nos ha mandado. Y cuanto más igualmente nos mueven estos dos juicios, tanto mayor es en nosotros la indiferencia entendida en el primer sentido.

En cambio, la libertad considerada en las acciones de la voluntad en el mismo momento en que se realizan no implica ninguna indiferencia, ni en el primero ni en el segundo sentido, porque lo que se hace no puede permanecer sin hacerse mientras se está haciendo.

La libertad consiste entonces únicamente en la facilidad de actuar. Y, en ese momento, ser libre, ser espontáneo y ser voluntario significan exactamente lo mismo.

En este sentido escribí que me inclino hacia algo tanto más libremente cuanto más numerosas son las razones que me impulsan a ello, pues es cierto que entonces nuestra voluntad se mueve con mayor facilidad y fuerza.